



s 41

Scarlett O'Phelan Godoy  
(ed.)

## Capítulo 15

actes

Promulgada en  
á 12. de Marzo d

del Cuzco  
y el sur andino



Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2016-15387

Ley 26905 - Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 978-612-4358-00-5

Tiraje: 500 ejemplares

Derechos de la primera edición, diciembre de 2016

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, MAEDI/CNRS - USR  
3337 AMÉRICA LATINA  
Jirón Batalla de Junín 314 Lima 4  
Teléf.: (51 1) 447 60 70 Fax: (51 1) 445 76 50  
E-mail: IFEA.direction@cnrs.fr  
Pág. web: <http://www.ifeanet.org>

Este volumen corresponde al **tomo 41** de la colección **Actes & Mémoires de l'Institut Français d'Études Andines** (ISSN 1816-1278)

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú  
Telf.: (51 1) 626 26 50  
E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)  
Pág. web: <http://www.pucp.edu.pe/publicaciones>

© Fundación M. J. Bustamante de la Fuente  
Francisco Masías 370, 7º piso, San Isidro, Lima, Perú  
Teléfono 4225258  
E-mail: [fundacionbustamante@lapositiva.com.pe](mailto:fundacionbustamante@lapositiva.com.pe)  
Pág. web: <http://www.fundacionbustamante.com>

Imprenta Tarea Asociación Gráfica Educativa, Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña

Imágenes de la carátula:

Cuadro de Santa Cecilia «Gloria de Santos y Mártires (Familia del brigadier Mateo Pumacahua)», Museo Histórico Regional del Cusco / Fernando VII, 1815, José Gil de Castro. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú / José Fernando de Abascal y Souza. José María Gutiérrez Infantas, Oleo sobre lienzo, 1962. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú / Retrato de don José Matías Vásquez de Acuña y Ribera Mendoza, conde de la Vega del Ren (atribuido a Pedro José Díaz, ca. 1810-1820), propiedad de José Félix Cabieses Gracia-Seminario / «Los Hermaos Angulo», óleo de Etna Velarde. Galería Pictórica del Auditorio del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú / Portada de la Constitución de Cádiz de 1812. In: Manuel Chust (coordinador editorial), 1812: *El Poder de la Palabra. América y la Constitución de 1812*. Acción Cultural Española/ Lunwerg Editores. Con el patrocinio de la Fundación AXA. Madrid/Barcelona, 2012, p. 64.

Diseño de la carátula: Yolanda Carlessi

Cuidado de la edición: Anne-Marie Brougère, Vanessa Ponce de León

# Pumacahua en Arequipa, la incursión ambigua

Carlos Buller

## Introducción

En torno a la independencia del Perú y a los movimientos que la precedieron se han tejido muchas hipótesis, dependiendo de la posición del observador. Si este suscribe la historia oficial, veremos un proceso de lenta pero segura consolidación de un sentimiento patriótico unitario y nacional opuesto al dominio colonial, con un punto de partida en la rebelión de Túpac Amaru en 1780. Otros, con los pies más en la tierra, colocarían el énfasis en los efectos de las reformas borbónicas que habrían destruido la economía y animado un espíritu levantisco entre los criollos, sentimiento que, atizado por las ideas liberales, se convertiría a la larga en el movimiento emancipador. También se ha debatido, con singular celo de uno y otro lado, respecto a si la independencia surgió de las entrañas del país o más bien fue impuesta por las corrientes libertadoras extranjeras. Se debate igualmente respecto a los alcances de las rebeliones andinas y su pertinencia como parte del proceso independentista, y por supuesto, respecto al posicionamiento de las elites, donde encontramos virtualmente de todo, desde el revolucionario liberal ilustrado comprometido hasta el monárquico más convencido y reaccionario. La complejidad del asunto resulta hasta cierto punto abrumadora, porque el listado no acaba aquí.

En este marco, la rebelión del Cuzco de 1814 es particularmente interesante. Primero, porque fue un movimiento que llegó a proponer un manifiesto independentista. Esto, en el contexto de los debates aludidos, es un aspecto que le debería haber merecido mayor atención y, por supuesto, más investigaciones y debate. Segundo, porque destaca los conflictos y contradicciones del mundo colonial en la víspera de la emancipación, como es el caso de la polarización entre Lima y las regiones o las que identificamos entre blancos e indios, entre otras; y tercero, pues, ¡qué distinta hubiera sido la historia del país si esta rebelión hubiera logrado alcanzar su objetivo de enlazarse con los ejércitos bonaerenses en el Alto Perú! Sin caer en la tentación de jugar con azares y ejercicios contra fácticos, constatamos fácilmente que este fracaso fue fundamental para que nuestra historia republicana sea la que es.

Así, además de revisar los eventos desde estas perspectivas, considero que vale la pena intentar hacer una anatomía de este fracaso. En este orden de ideas, me parece que la incursión que efectuaron los rebeldes cuzqueños en dirección a Arequipa a fines de 1814, siendo como fue una incursión exitosa, juega un papel fundamental. De esto trataremos en el presente artículo, pues considero que si bien la decisión de abrir un frente rebelde en Arequipa podría parecernos conveniente a la hora de echar un vistazo al mapa, fue, de plano, un grave error. En primer lugar porque dividió las fuerzas de los rebeldes, causando un desequilibrio que permitió al general realista Juan Ramírez, al mando de un cuerpo de combate claramente inferior en número —si bien superior en capacidades técnicas—, batir por partes al ejército revolucionario. En segundo lugar, y esto es lo que el mapa no revela, porque la realidad política, social y económica de la región a la que se dirigió la incursión no la hacía el lugar más indicado para encender la pradera revolucionaria, menos aún si se envía para tal fin a Mateo Pumacahua y a sus huestes indígenas. Finalmente, el estudio de la ocupación de Arequipa por parte de las fuerzas revolucionarias da pie a consideraciones complementarias que podrían contribuir al debate, no solo respecto a los movimientos independentistas, sino a la compleja trama de tensiones que lo enmarca.

## 1. El marco estratégico previo

Como se sabe, la rebelión se inició a principios de agosto de 1814 en el Cuzco. Se depusieron a las autoridades virreinales de la ciudad y se erigió una junta de gobierno, con José Angulo a la cabeza. Los rebeldes, aun cuando manifestaron su fidelidad al depuesto Fernando VII, proclamaron su

independencia y eligieron bandera, y con base en los regimientos y milicias locales armaron un ejército que quedó al mando de Mateo Pumacahua, un cacique con una larga trayectoria militar que por entonces había alcanzado una importante posición social y política, habiendo estado incluso a cargo de la Audiencia del Cuzco (O'Phelan Godoy, 2014: 316-319).

La idea era enlazarse con las fuerzas revolucionarias que desde Buenos Aires intentaban recuperar el control del Alto Perú. Pero al no hacerse coordinaciones firmes para acciones conjuntas, salvo algunos intercambios de correspondencia y buenos deseos, al momento de la insurrección las tropas de Belgrano iban en sentido contrario, replegándose para reorganizarse. Como resultado, y este va a ser nuestro punto de partida, al iniciarse el movimiento rebelde su situación era altamente precaria y vulnerable, pues estaba aislado en las montañas andinas sin una vía de contacto y abastecimiento asegurada, lo que parecía condenarlo desde la largada. Se suele omitir este tipo de consideraciones en el estudio de estos movimientos, pero se trata de algo crucial. Nada más basta con comparar la situación del Cuzco con la de la junta de Buenos Aires, que no solo sobrevivió y se convirtió en la República Argentina, sino que pudo constituirse en uno de los polos de difusión y apoyo del movimiento independentista continental, donde se organizaron y equiparon ejércitos enteros de revolucionarios que fueron enviados en distintas direcciones, en buena parte gracias a que tuvo a su disposición la que por entonces era la más eficiente ruta marítima entre América del Sur y el resto del mundo. Como bien recuerda Charles Walker, existe un axioma militar que señala que «los amateurs hablan de estrategia, los profesionales de logística» (Walker, 2014: 21). Consecuentemente, si los cuzqueños no rompían este aislamiento, sus días estarían contados de manera irremediable. Esta es, pues, la clave estratégica en torno a la cual debieron desplegarse las operaciones militares de la junta cuzqueña.

La mejor alternativa era tomar la iniciativa y desequilibrar el frente de las fuerzas virreinales en el Alto Perú, por entonces al mando de Joaquín de la Pezuela. Este general, que luego sería virrey del Perú, había reemplazado en esta responsabilidad a José Manuel de Goyeneche, quien se hizo célebre al derrotar en 1811 a las fuerzas de Juan José Castelli, pero que luego de una infructuosa incursión a Tucumán, se había visto obligado a replegarse hasta el Desaguadero, en Puno. Pezuela recibió el encargo de retomar la ofensiva virreinal, esta vez contra Belgrano, haciéndolo retroceder y recuperando toda la zona minera de Oruro y Potosí en 1813, de modo que controlaba la situación (Peralta Ruiz, 2013: 63-65).

En esta dirección se envió a mediados de agosto una columna militar, comandada por Juan Manuel Pinelo —por cierto, arequipeño— y el clérigo tucumano Idelfonso Muñecas<sup>1</sup>. La idea era coger entre dos fuegos a Pezuela y tomar contacto con las columnas porteñas. De lograr estos objetivos, no solo se desbarataría al mejor ejército virreinal de Sudamérica, sino que se consolidaría el control revolucionario de la crucial región minera del Alto Perú, desde donde partiría un corredor hasta Buenos Aires a lo largo de una ruta que había servido para la salida de la plata altoperuvana a los mercados mundiales. Con estos recursos puestos al servicio de la causa revolucionaria y asegurada su vía de comercialización, la posición del imperio español en esta parte del mundo se habría hecho insostenible.

Vino luego la ocupación de Puno, el sitio de La Paz y las matanzas subsiguientes<sup>2</sup>, en medio de infructuosos intentos de contactar con los bonaerenses. Como vimos, los ejércitos rioplatenses estaban reorganizándose y algunas guerrillas operaban aquí y allá<sup>3</sup>. Entretanto, el 25 de agosto, otra columna salió del Cuzco en dirección a Huamanga, a cargo de José Gabriel Béjar y Mariano Angulo, donde trabó una serie de escaramuzas con las fuerzas virreinales<sup>4</sup>. Esta maniobra se justifica en la necesidad de contener una eventual contraofensiva del ejército de Abascal, que había enviado tropas desde Lima para proteger esta región. En efecto, a mediados de agosto y ante el temor de que la rebelión se extendiera en esta zona, Abascal había reaccionado prontamente formando una compañía de 100 hombres «y los restos del Batallón Talavera» con 500 fusiles destinados a armar a nuevos efectivos que se incorporen en el camino, además de cincuenta mil pesos que obtuvo del Tribunal del Consulado (Abascal y Sousa, 1944, tomo II: 202-203)<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> No conocemos el detalle de las fuerzas enviadas a esta expedición. Se calcula que al estallar la rebelión en el Cuzco habían alrededor de 460 fusiles, 500 quintales de pólvora y cartuchos (Tamayo Herrera, 1984: 358).

<sup>2</sup> «[E]n La Paz hubo un baño de sangre. La guarnición española fue masacrada; y los indios 'acompañados por la Plebe de la propia Ciudad', como informó Abascal, atacaron sin piedad a los europeos, hicieron pillaje en sus propiedades y saquearon sus casas» (Lynch, 1986: 167-168).

<sup>3</sup> Estas fuerzas solo estarían en capacidad de realizar acciones ofensivas en 1815, cuando volvieron a la carga bajo el mando de José Rondeau.

<sup>4</sup> Las fuerzas eran modestas, se habla de unos 300 fusileros, 4 cañones y algo de caballería (Tamayo Herrera, 1984: 366). En todos los casos, la idea era ir reclutando más gente en el camino.

<sup>5</sup> No obstante, poco más adelante, el propio virrey se corrige y señala: «Mandé de pronto a alistar una división de Talavera con 120 hombres y 4 cañones de montaña con sus correspondientes municiones y número considerable de oficiales partiesen con 40,000 pesos en dinero, lanzas y fusiles para instruir y armar parte de aquellas milicias volasen en socorro de Andaguaylas y defensa de Guamanga» (Abascal y Sousa, 1944, tomo II: 211).

Sin embargo, el destino de la rebelión se jugaba en el Alto Perú, y es en ese escenario en el que Pezuela se vio obligado a dividir sus fuerzas. Su situación, hasta entonces favorable, se tornó complicada. Por un lado, no podía permanecer indiferente ante la ocupación de La Paz, mientras que por otro tampoco podía dejar abandonado el frente sur, donde Belgrano, aún replegado, era una amenaza real. Decide entonces enviar una división de 1200 fusileros —a la sazón, cuzqueños— con el general Juan Ramírez a la cabeza para enfrentar a Pinelo<sup>6</sup>.

El panorama estratégico había cambiado a favor de los rebeldes. No solo tenían controlado el eje el Cuzco-La Paz con una avanzada protectora en Huamanga y posibilidades aún intactas de enlazar con los ejércitos bonaerenses, sino que Abascal tenía sus fuerzas divididas: en el Alto Perú una parte cerraba el paso a Belgrano y otra se dirigía a La Paz; y desde Lima se había enviado una columna ahora enredada en desgastantes combates en Huamanga, y otra, como veremos a continuación, a Arequipa. Los del Cuzco tenían la iniciativa estratégica y contaban, además, con una masa de maniobra aún inutilizada que podría definir la situación a su favor: el ejército de Pumacahua.

## **2. Ir y venir de Arequipa**

Cuando se estudia la rebelión del Cuzco de 1814 se suele destacar la concepción estratégica de su expansión en tres direcciones, como algo no solo razonable, sino hasta brillante (Tamayo Herrera, 1984: 361), y como quiera que la expedición a Arequipa fue victoriosa, pues venció en Apacheta y ocupó la orgullosa Ciudad Blanca por casi un mes, da la impresión que así fue. No obstante, pasa desapercibido el hecho de que esta expedición salió del Cuzco tardíamente, hacia fines de octubre, cuando el equilibrio estratégico, que tan promisoriamente se había llegado a configurar para los rebeldes hacia fines de septiembre, estaba cambiando nuevamente a favor de los realistas debido, fundamentalmente, a la propia inacción de los rebeldes. No reaccionaron ante

<sup>6</sup> «... no quedaba más recurso a su general [Pezuela], incomodado por los exambres de rebeldes que le rodeaban, disminuido el grueso de sus tropas en muchas y cortas secciones que se destacaban a derecha o izquierda y amagado por el enemigo del frente, que hacer un esfuerzo extraordinario para franquear el camino a retaguardia. Esta ha sido la operación más arriesgada, y en que el general no solo llenó mis ideas, sino que se ha hecho mención en el artículo correspondiente su valor y conocimientos militares le sugirieron otra más atrevida empresa qual fue la de desatacar 1,200 hombres del Cuzco para la reconquista de su propio país» (Abascal y Sousa, 1944, tomo II: 214-215).

el avance de Ramírez, con lo que terminaron cediendo la iniciativa estratégica en el eje principal de la rebelión, esto es, el Alto Perú. De este modo, la división de Ramírez se fue aproximando a La Paz sin problemas, recuperándola el 3 de noviembre luego de un recio combate en Achocalla. Las fuerzas de Pinelo fueron dispersadas más que a medias, perdiendo toda su capacidad operativa. Un grupo, al mando del padre Muñecas, se internaría en Larecajas para iniciar una lucha de guerrillas, arrojadas pero a la larga improductivas, en tanto que los demás se veían obligados a batirse en retirada en dirección a Puno.

Mientras todo esto ocurría, Pumacahua y Vicente Angulo alejaron del escenario principal de las operaciones la reserva estratégica de los insurgentes y condujeron a Arequipa una fuerza consistente en «cinco mil hombres, 500 de ellos armados con fusiles y los demás con lanzas, hondas y garrotes; muchos iban a caballo y los de Chumbivilcas y Canas, llevaban sus tradicionales lihuis o boleadoras; conducían varios cañones, algunos fundidos en el Cuzco, los ‘vivorones’, y abundante parque de municiones, pólvora y alimentos conservados» (Cornejo Bouroncle, 1956: 404).

Como se observa, en lugar de reforzar el frente principal, se abrió uno nuevo en dirección a una región que no representaba una amenaza inmediata, a diferencia de la columna de Ramírez que venía desde el Alto Perú. Por su parte, Abascal estaba preocupado por la situación de Arequipa pues consideraba que si la perdía se aislaría al ejército virreinal en el Alto Perú, y había dispuesto, ya desde mediados de septiembre, el envío de «100 soldados veteranos del Regimiento Real de Lima, 500 fusiles con sus correspondientes municiones para armar con ellas otros tantos hombres del Partido de Chuquibamba y otros de la jurisdicción de Arequipa, y 500 lanzas para caballería» a las órdenes del Mariscal de Campo Francisco Picoaga. Pero una vez más, nos encontramos con el hecho de que lo principal se jugaba en el Alto Perú, pues Picoaga partió con la instrucción expresa de que dejara en Arequipa una guarnición de cobertura y «marchase a la Villa de Puno a dejar expedita por aquella parte la comunicación con el Ejército que estaba ya interceptada» (Abascal y Sousa, 1944, tomo II: 216).

No debe quedarnos mayor duda de dónde se encontraba la clave estratégica de la rebelión. En este marco, la marcha de las considerables fuerzas rebeldes hacia Arequipa carecía de sentido. El resto lo sabemos. Pumacahua avanzó sin mayores contratiempos, y «como la desgraciada expedición de la fragata Tomás [en la que viajaban los refuerzos del virrey] no hubiese llegado a su destino en el tiempo que prudentemente se calculó faltando los auxilios que en ella iban consignados a Picoaga, la resistencia fue casi ninguna» (Abascal



y Sousa, 1944, tomo II: 229). De hecho, solo la persona de Picoaga había llegado a Arequipa cuando sonó la alarma en la ciudad. Como resultado, el 9 de noviembre las tropas de Pumacahua y Angulo barrieron en el combate de Apacheta a la apurada milicia que salió a enfrentarlos al mando del propio Picoaga y del intendente José Gabriel Moscoso, a quienes los rebeldes capturaron junto con casi todo su cuerpo de oficiales<sup>7</sup>, tomando posesión de la ciudad al día siguiente. El 12 de noviembre se convocó a un cabildo abierto en el que se hicieron proclamas contra el virrey y se obligó a las autoridades locales a reconocer la autoridad de los rebeldes. Fue en esta reunión en la que el cura José Mariano Arce se hizo célebre al reclamarle a Angulo por haber empezado sus proclamas dando señales de fidelidad a Fernando VII y exigir que se declare sin esperar más la independencia del país (Basadre, 1973: 132). Seguidamente, el domingo 13 se celebró con una misa solemne en la catedral la fiesta del Patrocinio de la Virgen, a la que asistieron los jefes rebeldes «y todas las autoridades», llenando el templo, para después pasar al cabildo «a felicitar a las autoridades por el triunfo de las armas de la revolución» (Cornejo Bouroncle, 1956: 414-415).

El júbilo de los patriotas arequipeños no duraría mucho, pues los rebeldes, al enterarse de la aproximación de Ramírez, desalojaron Arequipa. La orden la dio Pumacahua el día 30, y sus columnas subieron a las alturas con 31 piezas de artillería, cargadas a pulso. Se llevaron consigo a algunos rehenes, entre ellos Picoaga y Moscoso, a quienes ejecutarían luego. Según Cornejo Bouroncle, la idea era hostigar a Ramírez con guerrillas, pero en realidad fue este quien buscó a Pumacahua, estando a punto de alcanzarlo el 5 de diciembre en las alturas de Apo. Pero al constatar que los rebeldes habían seguido camino al Cuzco, esta vez dejando enterrados sus cañones porque ya no podían con ellos, decidió tomar rumbo a Arequipa (Cornejo Bouroncle, 1956: 416, 420), donde ingresó el 9 de diciembre<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> «... a pesar de la más empeñada pericia militar de los mejores oficiales generales, de los que conservo prisioneros a los de la adjunta lista, y del obstinado activo fuego que opuso el espirante antipatriotismo en el total de cerca de dos mil hombres armados, por el espacio de tres horas y media» (Carta al virrey firmada por Mateo Pumacahua y José Angulo el 12 de noviembre, citada en Cornejo Bouroncle, 1956: 409).

<sup>8</sup> «Los primeros pasos de Ramírez a su entrada en Arequipa se dirigieron a reponer el orden constituyendo autoridades o reponiéndolas al ejercicio de sus respectivos cargos con general aplauso y satisfacción de los moradores, quienes atosigados con el robo y las atrocidades de los sediciosos se dispusieron a salirle al encuentro con vivas y aclamaciones que indicaban el júbilo al propio tiempo que la admiración y el reconocimiento» (Abascal y Sousa, 1944, tomo II: 239-240).

Pero Abascal había decidido «el ataque a la ciudad del Cuzco con preferencia a cualquier otro punto», de manera que Ramírez no debía permanecer en Arequipa más que «los pocos días que necesitaba de descanso y habilitación de calzadas y vestuarios» (Abascal y Sousa, 1944, tomo II: 242)<sup>9</sup>. No obstante, Ramírez temía dejar desamparada la ciudad debido a que toda la región estaba convulsionada y había grupos de guerrillas en los alrededores, lo que demoró su salida hasta mediados de febrero, para desesperación de Abascal. Finalmente, fue a buscar a los rebeldes, y luego de numerosas escaramuzas, en la batalla de Umachiri, el 11 de marzo de 1815, Ramírez venció de manera inapelable a Pumacahua. Entró al Cuzco exactamente dos semanas después.

Se entiende que la importancia dada a la expedición de Pumacahua a Arequipa se deba, como se ha dicho, a la posición de esta ciudad en el mapa, ubicada a mitad de camino entre la costa y las altas montañas, teniendo en cuenta las mismas consideraciones que están detrás de la fundación de la ciudad en 1540, circunstancias que hicieron posible que a lo largo del período colonial se erigiera como un centro de intercambios comerciales clave para todo el sur andino. Se entiende también la idea de anticipar la posibilidad de un movimiento de flanco por parte de Abascal, que había ya enviado un destacamento de tropas regulares y armas como refuerzo a las milicias de la ciudad. Pero lo que no queda claro es por qué los rebeldes enviaron a toda su reserva en esa dirección, pues el riesgo de una contraofensiva desde Arequipa era objetivamente remota. No debemos olvidar que el grueso del ejército realista estaba en el Alto Perú, dividido y, al decir de Abascal, casi aislado, y que tampoco se podía despachar gran cosa bajo riesgo de dejar a Lima indefensa. En tal sentido, lo que se envió a Huamanga y a Arequipa fueron refuerzos defensivos, lo que corroboramos al ver que las instrucciones de Picoaga le ordenaban dirigir sus fuerzas hacia Puno.

Esta circunstancia pone en cuestión la necesidad que hubo para abrir un nuevo frente de rebelión en Arequipa, donde no había ninguna amenaza seria, destinando en esta dirección una fuerza tan importante, que además constituía la reserva estratégica de los rebeldes. Ellos nunca debieron perder de vista que su prioridad era enlazarse con las tropas de Belgrano y destruir al ejército de Pezuela. En esa dirección debieron dirigir lo mejor de sus recursos, esto es, esta masa de maniobra. Al abrir el frente de Arequipa, además, dejaron descubierto el Cuzco, pues cuando Pumacahua entraba victorioso

<sup>9</sup> Esta instrucción nos reitera el carácter secundario del frente de Arequipa.

en la ciudad del Misti, no había ninguna fuerza operativa capaz de impedir a Ramírez dirigirse al Cuzco. Por cubrir un flanco no solo se descuidó el frente principal sino que al mismo tiempo se dejó desamparado el núcleo de la rebelión.

De haber sido enviado el ejército de Pumacahua a fortalecer el frente sur, las posibilidades de que Ramírez pudiera manejar la situación hubieran sido considerablemente menores. Al menos, contando con la acción guerrillera de Muñecas desde el Oriente, lo habría contenido y desgastado, comprometiendo aún más la situación global del ejército realista en el Alto Perú. Algo así, incluso, podría haber alentado a Belgrano a retomar su avance hacia el norte. En semejante circunstancia, como dijimos al comenzar, estaríamos ante un curso totalmente distinto de la historia.

En dirección a Arequipa debieron ubicarse fuerzas menores, apenas una avanzada defensiva, y no preocuparse por ocupar una ciudad que, como veremos a continuación, no ofrecía muchas garantías de apoyo a la causa revolucionaria. La incursión a Arequipa dispersó el esfuerzo de los rebeldes, que al parecer no tuvieron claro que en el juego de la guerra el objetivo principal es destruir las fuerzas del enemigo, no ocupar territorio. Ramírez, por el contrario, sabía lo que hacía, pues luego de liberar La Paz no tomó el camino del Cuzco, centro de la rebelión que estaba a su alcance y virtualmente indefenso, sino que fue a Arequipa a buscar a Pumacahua. El propio Abascal, si bien preocupado por cuidar Arequipa, lo estaba más por proteger a su ejército amenazado en el Alto Perú que por conservar la plaza. De hecho, la rebelión terminó cuando el ejército de Pumacahua fue derrotado en la batalla de Umachiri, luego de la cual las tropas realistas ingresaron al Cuzco a paso de desfile. Ceder la iniciativa a Ramírez en el eje estratégico de la rebelión no solo echó a perder el levantamiento, sino que dejó intactas a las fuerzas virreinales. No hay que olvidar que, a la larga, la supervivencia de este ejército en el sur andino representó una amenaza constante para la independencia, que no estuvo del todo asegurada hasta su capitulación en Ayacucho, una década después.

### **3. La Ciudad Blanca y sus matices**

Se suele dar por supuesto el hecho de que Arequipa era una ciudad «realista». No faltan argumentos para ello. Estamos ante una ciudad que durante el período colonial, en términos demográficos, era definitivamente más

española que indígena o mestiza. En efecto, intramuros, la proporción de población blanca era la mayor de todo el virreinato<sup>10</sup>. Era también bastante homogénea, pues aun cuando existía una elite profundamente arraigada y próspera, en sus campiñas y valles predominaba la mediana y la pequeña propiedad. Los negocios comerciales florecían, pues Arequipa era la principal plaza productora y abastecedora de vinos y aguardiente a lo largo y ancho del gran mercado del sur andino. Era también uno de los más importantes graneros de toda esta región, emporio agrícola y un centro redistribuidor de mercaderías importadas, incluyendo las de contrabando. No había, pues, muchas razones para que sus pobladores quisieran cambiar las cosas.

Pero las cosas cambiaron, y esto no les gustó mucho. En el último tercio del siglo XVIII las reformas borbónicas causaron considerables estropicios en la vida de los arequipeños. Desde la expulsión de los jesuitas en 1767 hasta la nueva y agresiva reforma fiscal, que no solo aumentó el derecho de la alcabala del 2% al 6% sino que introdujo el llamado «nuevo impuesto» por el aguardiente, gravado con un contundente 12,5%, las reformas atentaron contra los intereses de grandes y pequeños. La instalación de la aduana, que inició sus funciones en enero de 1780, fue el punto de quiebre. José María Pando, el advenedizo funcionario que la estableció, asumió actitudes que bien podrían haber sido consideradas insultantes en el marco de las estructuras mentales de antiguo régimen reinantes en la ciudad, al realizar catastros, decomisar mercancías y, sobre todo, al negarse a negociar el asunto. Como resultado, el 13 de enero una turba asedió la aduana y terminó incendiándola, obligando a Pando a huir por los techos para salvarse. Casi sin poder ocultar su satisfacción, el corregidor Baltazar de Sematnat, declaró disuelta la aduana al día siguiente, sin imaginarse que esa misma noche la turba incendiaría su propia casa. Objetivamente, había quienes tenían razones para hacer semejante acción, pues Sematnat distribuía mulas —esenciales para el comercio de la ciudad— por medio del reparto, una institución que, como se sabe, se convirtió en un instrumento de opresión para los indios. Recién entonces se convocó a la milicia, la cual, al mando del brigadier Mateo de Cosío, a la sazón uno de los socios de Sematnat para los repartos, realizó un brutal ataque a los barrios de indios. Esta vez se identificaron culpables, que

●

<sup>10</sup> Conforme al censo de 1792, la población blanca de la ciudad de Arequipa llegaba a 15 737 habitantes, lo que representaba el 67% del total de sus habitantes, mientras que en Lima este sector representaba el 34,3% y en el Cusco el 50,4%. Véase Vollmer (1967).

fueron ejecutados en la plaza de la ciudad. Cuando llegaron tropas de Lima, se les dijo que ya todo estaba en orden. Se hicieron algunas investigaciones, se sospechó de alguien por ahí, pero no se llegó a gran cosa.

La circunstancia de la revuelta contra la aduana —evento más conocido como la «Rebelión de los Pasquines»<sup>11</sup>—, nos revela las tensiones que hacia el final del período colonial se estaban forjando detrás de bambalinas en la sociedad arequipeña, las mismas que encontraremos luego, a la hora de la ocupación de la ciudad en noviembre de 1814 por las fuerzas de Pumacahua. Conviene por ello tomar en cuenta que a nivel de la elite misma se habían producido cambios importantes con el impacto que tuvo el arribo de jóvenes y ambiciosos peninsulares en la segunda mitad del siglo XVIII. Hasta entonces, dominaba la ciudad un círculo cerrado de terratenientes. Los recién llegados eran distintos. Más que rentistas, eran hombres de negocios y no empezaron con la agricultura, sino que accedieron a ella luego de realizar gruesas inversiones en el comercio de importaciones, la distribución y comercialización de mercancías, e incluso en la minería. Ganando riqueza y posición desposaron a las hijas de los viejos terratenientes y las mejores tierras quedaron a su disposición por herencia, si es que no las adquirieron del Tribunal de Temporalidades o de hacendados venidos a menos, de modo que en el transcurso de una generación, conformaron el núcleo de una nueva elite<sup>12</sup>. Consecuentemente, a comienzos del siglo XIX ya no estamos ante una elite monolítica y, en este sentido, no debería extrañarnos constatar que mientras Mateo de Cosío, personaje paradigmático de esta camada de peninsulares, reprimía a los indios, Diego Benavides, joven miembro de una de las familias más tradicionales de terratenientes de la ciudad, haya sido sospechoso de liderar las turbas en enero de 1780 (Cahill, 2002: 101).

La posición de los criollos locales, miembros o no de la elite, quedó fragilizada también en términos económicos. Si bien es cierto que el alza de los impuestos afectó a todos, es posible que a los criollos les haya ido mucho peor. Como se ha visto, la actividad más golpeada por la política borbónica fue la viticultura, cuyo aguardiente debía pagar, además del 6% de alcabala, el 12,5% del nuevo impuesto. Esto, para los peninsulares recién llegados que diversificaron sus actividades económicas, podía ser una molestia, pero para los criollos, en

<sup>11</sup> Esta rebelión ha sido ampliamente estudiada, y destacan los trabajos de Guillermo Galdos (1967), John Wibel (1975), David Cahill (2002) y Sarah Chambers (2003), entre otros.

<sup>12</sup> Véase Buller (1988).

su mayoría pequeños y medianos propietarios, sobre cuyas tierras pesaban gruesas hipotecas, censos y capellanías, pudo haber sido devastador, situación tanto más precaria aun considerando la posibilidad de una mala cosecha o una alteración de los mercados.

Existen evidencias que indican que la producción de vino en los valles de Arequipa estuvo en auge hasta 1816<sup>13</sup>. Esto quiere decir que a la larga, las reformas fiscales no causaron una crisis definitiva de este sector, como se ha venido afirmando<sup>14</sup>. Sin embargo, en términos de participación por sectores productivos observamos que durante este auge la productividad de las haciendas vitícolas más grandes se incrementó sensiblemente en comparación con la de las medianas y pequeñas. Así, en Vítor, entre 1773 y 1816 el 10% más productivo de los viñedos incrementó su participación en el total en más de 4 puntos porcentuales, pasando del 26,7% al 30,9%, situación aún más aguda en Majes, donde este sector pasa de 53,4% a un 59,5% en un periodo similar (Buller, 2011: 303, 306). Las evidencias también indican que las propiedades más productivas se concentraron en manos de peninsulares, por lo que el auge habría terminado beneficiando menos a los terratenientes tradicionales<sup>15</sup>. Consideremos además que quienes no habían diversificado sus actividades económicas, tal y como lo hicieron los peninsulares, quedaban más expuestos ante fluctuaciones imprevistas de las cosechas, cosa muy común en agriculturas preindustriales. Por ejemplo, como resultado de la rebelión de 1814, las cosechas de Vítor y Majes cayeron en 1815 en una proporción de 30% y 18%, respectivamente (Buller, 2011: 144).

La situación no era la misma para peninsulares y criollos, y se entiende que estos últimos hubieran estado más dispuestos que los primeros a cuestionar el

●  
<sup>13</sup> Véase Buller (2011).

<sup>14</sup> Es bastante difundida la versión de Kendall Brown al respecto, que señala: «Hacia 1775 la agricultura arequipeña finalizó un ciclo de expansión. En especial, la vitalidad del mercado del aguardiente empieza su declive. Los precios cayeron y la producción del vino se estancó» (Brown, 1986: 56).

<sup>15</sup> Existen numerosos ejemplos de este proceso, para cuyo estudio remito al lector a mi libro (Buller, 2011: capítulo 8), pero para graficar lo dicho me referiré a la suerte del más prominente viñatero de Vítor, Nicolás de Barreda y Obando, cuyas tres propiedades llegaron a producir en 1774 el 10,8% del vino de todo el valle. En 1799 le quedaba una sola (con un 3,5% de la producción total). Las otras dos estaban en manos del peninsular Juan de Goyeneche, una recibida como dote por su matrimonio con María Josefa Barreda, hija de Nicolás, y la otra como administrador a nombre de su cuñado Francisco. Otros casos representativos son los de la familia Bustamante, cuya participación productiva cayó de 7% a 3,5% en el mismo periodo, y el de los Benavides, que pasaron del 4% al 1,7%.

nuevo pacto borbónico. Ahora bien, a este panorama de tensión entre estos sectores no se puede dejar de añadir la problemática de los indios. De hecho, la rebelión de 1780 es un caso característico del «desdoblamiento» al que aludió Scarlett O'Phelan, fenómeno que como se recordará se refiere a cómo los movimientos anticoloniales de la época empezaban alineando juntos a criollos, mestizos e indios, pero luego, en razón a la divergencia de agendas, terminaba oponiendo a unos contra los otros (O'Phelan Godoy, 1987). En Arequipa, como hemos visto, el levantamiento de 1780 habría unido en un primer momento a todos contra la aduana, pero pasado esto, los indios se fueron por su lado y dirigieron su furia hacia el corregidor y los repartos. Esto nos alerta respecto a una polaridad que en la propia Arequipa opuso a indios y blancos casi en los mismos términos que los levantamientos indígenas más caracterizados de la época<sup>16</sup>. Pero conviene añadir que entre los propios indios de la región podrían haber existido importantes diferencias. Bernard Lavallé se refiere al caso de Esteban Condorpusa y Gamarra, «una de las figuras más prominentes del mundo indígena en la capital mistiana», cacique gobernador de San Juan Bautista de la Chimba (Yanahuara) y de Santiago de Tiabaya, entre cuyos méritos se incluía que gracias a él «se devió el que todos los indios de estos contornos estuviesen subjugados a las vanderas reales» en los tiempos de la rebelión de 1780, además del aporte de «muchos donativos que franqueó su generosidad para ayuda de la guerra contra los reveldes» (Lavallé, 1998: 113-114). ¿Hablamos de los mismos indios que incendiaron la aduana y la casa del corregidor meses antes? En principio, parece que no, pero es imposible estar seguros. Los involucrados en los eventos de enero de 1780 serían en su mayor parte de los indios del barrio de la Pampa de Miraflores, al noreste de la ciudad, y fue en esta dirección que se llevó a cabo el ataque represivo de las milicias, que curiosamente tuvo singular celo en destruir las rancharías de los indios forasteros (Cahill, 2002: 108). La Chimba y Tiabaya no solo están en otra dirección, hacia el noroeste y el suroeste, sino que es en esta última donde se reclutó a la tropa de castas y mestizos de la milicia. El propio Condorpusa aparece como gente cercana al corregidor, pues a él se le confió tareas de policía la víspera de los acontecimientos. Sin embargo, existen testimonios de que los indios de Tiabaya —al igual que

<sup>16</sup> Si bien, como se ha visto, la ciudad de Arequipa tenía la mayor concentración relativa de población blanca del virreinato (nota 10), debemos recordar que existía un considerable número de indios en la campiña adyacente, agrupada en pueblos como Cayma, Paucarpata, Yanahuara, Tiabaya, entre otros. Esta población indígena de los extramuros llegaba, en 1792, a 4414 individuos, un poco más del 30% de la población allí asentada. Véase Vollmer (1967).

los de Yanahuara— participaron en los desmanes (Cahill, 2002: 108-109). Como vemos, Arequipa era en el fondo como las demás ciudades coloniales del espacio andino: un escenario social lleno de matices y contradicciones.

#### 4. La ocupación de Arequipa

Al reconocer la existencia de estas oposiciones entre peninsulares y criollos, y entre indios y blancos, entre otras, no deberíamos extrañarnos de las contradictorias posiciones asumidas en la ciudad ante los eventos de 1814. Porque hubo de todo. Empezamos recordando que cuando se produjo la crisis de 1808 en España y en casi todas partes se conformaron juntas locales que reclamaron su derecho a gobernarse, en Arequipa el cabildo reafirmó su lealtad, ofreciendo «sus vidas, sus haciendas, y todo quanto poseen para defender la soberanía tan atos é innominosamente pisada», posición que se sostuvo mediante donativos y el envío de tropas para reprimir a los rebeldes en el Alto Perú (Chambers, 2003: 44). Nos referimos en particular al sustantivo apoyo que recibió el general José Manuel Goyeneche —quien por cierto era hijo de uno de los peninsulares recién llegados que alcanzaría mayor riqueza y posición—<sup>17</sup> para conformar el ejército vencedor de Guaqui, precisamente aquel que en 1814 comandaba Pezuela en el Alto Perú. Conforme a lo señalado por John Wibel, la oficialidad de este ejército estaba compuesta por jóvenes arequipeños<sup>18</sup>. Asimismo, las milicias que fueron llamadas para la defensa de la ciudad ante la amenaza de Pumacahua, estuvieron dirigidas, como vimos, por los más notables vecinos de la ciudad, muchos de los cuales fueron tomados prisioneros en la batalla de Apacheta y tuvieron que pagar rescates por su liberación (Wibel, 1975: 260).

Pero hay mucho que matizar. Cuando se dice que la ciudad era muy conservadora y tradicionalmente fiel a la Corona, que es lo que aparenta, ¿de quiénes estamos hablando? Quizás para la mayor parte de la población era inquietante ver al intendente y a los demás miembros de la élite humillados por Pumacahua, pero al mismo tiempo hubo sin duda otros muchos que disfrutaron sinceramente del espectáculo. Existen diversos testimonios de que los rebeldes, a su entrada a la ciudad, fueron aclamados «por el pueblo patriota

<sup>17</sup> Nos hemos referido a este personaje páginas atrás. Véase, además, Malamud (1982).

<sup>18</sup> «Goyeneche conformó su ejército con unidades de milicia e indios conscriptos provenientes de Cusco, Puno y Arequipa. Entre los 650 arequipeños que se unieron a él se incluía a varios oficiales de las familias arequipeñas más distinguidas» (Wibel, 1975: 234-235).



de la Ciudad Blanca, pese a la mayoría realista que en él [sic] existía» (Tamayo Herrera, 1984: 370). Cornejo Bouroncle relata al respecto que los patriotas arequipeños «organizaron el recibimiento de las tropas de Pumacahua y Angulo, las mismas que hicieron su entrada triunfal el día 10, recibiendo todo género de atenciones y siendo estruendosamente aclamadas por el pueblo» (Cornejo Bouroncle, 1956: 408-409). Asimismo, Sarah Chambers alude a un grupo de hombres que se puso a gritar en la calle Guañamarca «Viva la Patria, mueran los chapetones pezuñentos», reclamando el gobierno de la ciudad, mientras que otros fueron juzgados por colaboracionistas (Chambers, 2003: 45). Del mismo modo, no se debe olvidar a las figuras como Mariano Melgar y el cura Mariano José de Arce, entre otros.

Resulta interesante constatar que virtualmente lo mismo se puede decir en sentido contrario. El cabildo de Arequipa daba cuenta el 6 de noviembre, fecha en que «fugó el gobierno intruso», del ambiente festivo en la ciudad, que «entre lágrimas de regocijo, músicas que improvisadamente alegraron las calles, y mil vivas, levantaron el sonoro y respetable grito de Viva el Rey, aclamaron a sus legítimas autoridades, y sacaron de las cárceles y cuarteles a los oprimidos y detenidos por el expresado gobierno intruso» (Cornejo Bouroncle, 1956: 422).

Sarah Chambers sugiere al respecto que la mayor parte de la población «probablemente apostó a ganador» (Chambers, 2003: 45). De hecho, recordemos que Arequipa no había sufrido desmanes dignos de ese nombre, y que la breve rebelión de los pasquines de enero de 1780 había sido tan solo un movimiento local antifiscal efímero, aun cuando históricamente significativo, como ya hemos subrayado. En todo caso, en la bucólica existencia arequipeña no había nada comparado con un ejército mayoritariamente compuesto por indígenas entrando victorioso por las calles de la ciudad. Peor aun considerando el entusiasmo mostrado días antes para ir a reprimir a los rebeldes y si se traen, derrotados y amarrados, a prominentes miembros de la elite.

De hecho, si algo podemos sacar en limpio de estas contradictorias posturas es que la ciudad no era del todo leal o rebelde, por lo que deberíamos renunciar a las etiquetas. Fuera del hecho de que cada bando bien pudo aprovechar su momento de gloria para expresar su alegría, en tanto que los rivales se escondían en sus casas, conviene destacar que de ningún modo estamos ante un caso aislado, pues en las demás plazas, incluyendo el Cuzco, epicentro de la rebelión, vamos a encontrar diferencias entre los distintos sectores de

la sociedad, muy similares a las que encontramos en Arequipa. Estamos quizás ante un patrón de conducta que valdría la pena mirar más de cerca. Tulio Halperin se refiere, por ejemplo, a que cuando las tropas bonaerenses ocuparon el Alto Perú en noviembre de 1810, el jefe de la expedición, Antonio González Balcarce, informó desde Potosí la pacificación completa de la región «con el más dulce placer de todos sus habitantes», dando cuenta luego de una carta remitida nada menos que por el intendente de La Paz, el arequipeño Domingo Tristán, «llena de verbosas protestas de lealtad y celo por la causa porteña». Sin embargo, los motivos de estas manifestaciones, sigue Halperin, se deberían tanto a lo que señala González al referirse «al respeto que han logrado inspirar las armas de Buenos Aires» como a lo que el propio intendente Tristán dice respecto al peligro de la plebe pacaña. Esto explica que cuando la expedición fracasa luego de la batalla de Guaqui se produjera «un rápido cambio de actitud de muchos adictos a los libertadores llegados del sur» (Halperin, 1972: 263).

En el propio el Cuzco observamos una serie de contradicciones de este tipo ya desde los tiempos de Túpac Amaru. Brian Hamnett es categórico al afirmar que «la ciudad del Cuzco fue nunca [sic] un centro revolucionario» (Hamnett, 1978: 182)<sup>19</sup>. Más adelante, al referirse a la rebelión de 1814, sostiene que si bien los ministros de la Audiencia identificaron como una de las causas del levantamiento la intención de implantar el sistema constitucional, el ayuntamiento de la ciudad fue mucho más pragmático al declarar que todo ello fue responsabilidad de «cuatro hombres viles, de oficio artesanos, sin nobleza ni opinión». Explicaron además que cuando los Angulo se apoderaron de la ciudad impusieron un régimen de terror, forzando a sus habitantes a colaborar. Concluye Hamnett que a la larga el movimiento no fue promovido precisamente por quienes se habrían visto más beneficiados por la implementación del sistema judicial, esto es, la elite criolla (Hamnett, 1978: 188-189), lo que nos permite pensar una vez más que detrás de estas posturas ambivalentes existían clivajes sociales, polaridades y estructuras de antiguo régimen claramente vigentes, si es que no dominantes en el contexto colonial.



<sup>19</sup> Pero la necesidad de matizar se impone también en este caso: John Fisher señala que «fue hacia el Cuzco donde los oficiales reales miraron con mayor ansiedad después de 1808, conforme la estructura del gobierno en el Perú comenzó a sufrir de los efectos del colapso de la monarquía en la madre patria» (Fisher, 1982: 124).

¿Se apuesta a ganador, como sugiere Chambers? Hay algo de eso, sin duda. El oportunismo parecería dominar. De hecho, años después, Flora Tristán señalaría que «el verdadero patriotismo y la abnegación no existen en ninguna parte» (Tristán, 2003 [1838]: 173). Sin embargo, atendiendo a lo que vemos en Arequipa a la llegada de Pumacahua, así como al relato de Halperin y las conclusiones de Hamnett, me inclino a pensar que se apuesta más por la seguridad ante el creciente y fundado temor de que las cosas estaban tornándose peligrosas en el marco de una creciente volatilidad de las tensiones estructurales de la sociedad colonial. Charles Walker es muy gráfico al presentar los testimonios de los párrocos procesados por dar muestras de apoyo a Túpac Amaru, quienes viéndose aislados en territorio rebelde y envueltos en un drama de extraordinarias proporciones, alegaron haberse visto obligados, en muchos casos por miedo, a ser no solo muy cautelosos en enfrentar abiertamente al movimiento, sino incluso a fingirle lealtad (Walker, 1999: 75-80). En efecto, el miedo es un factor a tener en cuenta y podría dar sentido al patrón ambiguo de conducta que observamos en esta sociedad en creciente tensión.

Hemos subrayado que Arequipa, salvo los eventos de enero de 1780, no había sufrido ningún tumulto violento, pero en el contexto del levantamiento de 1814 se sabía vulnerable a la posibilidad de que se repitieran las masacres que se habían producido semanas antes en La Paz, a lo que se suma el hecho de que Pumacahua, a lo largo de su trayectoria militar al servicio de la Corona, se había caracterizado por su brutalidad. No debemos olvidar que este personaje, según señala John Lynch, «no solo combatió contra Túpac Amaru sino que participó en la salvaje represión posterior (...). A petición del virrey Abascal, en 1811, Pumacahua y sus seguidores saquearon la rebelde La Paz; atacaron despiadadamente a los indios de Sicasica, Cochabamba y Oruro, sembrando la devastación por donde pasaban» (Lynch, 1986: 165). Por su parte, Basadre sostiene que a «Pumacahua se le conocía tanto por su valor como por su crueldad», y añade, citando a Manuel Lorenzo de Vidaurre, que «no hacía sino incendiar los pueblos, robar o asesinar a sangre fría» (Basadre, 1973: 144). La inquietud de verlo entrar a sangre y fuego a la indefensa ciudad vencida estaba sin duda justificada. Como señala Walker, «la evidencia documental no deja duda alguna sobre el apoyo masivo a los rebeldes en el sur andino» y esto necesariamente debía generar las más terribles aprensiones entre la población blanca de Arequipa. Este autor alude a un relato sobre la llegada de los rebeldes a Arequipa en el que se describía el disgusto de los «caballerosos arequipeños» ante la «altanería e insolencia de aquel enjambre de

indios rudos, que todo lo miraban con los ojos de bárbaros conquistadores». No cabe duda de que existía miedo en el contexto de una aguda polarización debido a que «el espectro de Túpac Amaru evocaba imágenes de violencia y de gran destrucción» (Walker, 1999: 132-133).

## 5. Más allá de la estrategia

En este artículo hemos cuestionado la escasa pertinencia de la incursión que hicieron Mateo Pumacahua y José Angulo a Arequipa, conduciendo una fuerza que por su importancia debió haber estado destinada a reforzar el frente principal de la rebelión en el Alto Perú y alcanzar los objetivos estratégicos de la misma. Abrir un nuevo frente dispersó las fuerzas con las que contaban los rebeldes, lo que en la práctica implicó que en ninguna dirección sus ejércitos tuvieran una superioridad tal sobre su enemigo que contrapesara las mejores capacidades técnicas y tácticas de sus adversarios. Estos, con una fuerza mínima, pudieron batir cada una de sus partes<sup>20</sup>.

Asimismo, hemos cuestionado la conveniencia de hacer esta incursión en una región que no iría a plegarse o respaldar a los rebeldes. En este sentido, los costos de la expedición les fueron más altos que sus beneficios. Al no encontrar un terreno lo suficientemente abonado para su causa, el ejército de Pumacahua y Angulo tuvo que ejercer virtualmente una ocupación en Arequipa. Además de vencer a una milicia improvisada y conquistar la ciudad por una veintena de días, la aventura arequipeña no aportó nada a la rebelión. A la larga, incluso perdió toda su artillería, lo mejor que tenía, al no poder transportarla de regreso al Cuzco.

Desde esta perspectiva, la incursión de Arequipa fue una de las claves del fracaso de los rebeldes cuzqueños, lo que nos lleva por caminos distintos a los que hemos venido transitando en el estudio de esta rebelión, que como dijimos al empezar, merece mucha mayor atención de la que recibe. Nos habla, por un lado, de la impericia de los rebeldes y de sus escasas cualidades como estrategias militares. Entre ellos, el más experimentado era Pumacahua,

●

<sup>20</sup> Basadre hace un breve recuento de los factores que a su juicio precipitaron la derrota de la rebelión de 1814, priorizando la inacción de los revolucionarios porteños, que no aprovecharon la división de las tropas de Pezuela. Asimismo, destaca la inferioridad técnica y material de las huestes rebeldes, y subraya lo dicho por el general Juan Pardo Zela respecto a que «fracasó a pesar de que ocuparon Arequipa, Puno y aun Ayacucho diseminándose en esas provincias que los debilitaron y distrajeron de su principal objetivo, dejándose batir» (Basadre, 1973: 141-143).

pero su experiencia era operativa, no estratégica. No es lo mismo saber dirigir una columna hacia un objetivo específico que saber elegir dicho objetivo. Para esto último hace falta un conocimiento claro del conjunto de la situación, que abarque todo el escenario bélico y las posibilidades de sostener la campaña en términos tanto logísticos como políticos y contrarrestar a su vez los intentos del enemigo de inclinar la balanza a su favor. Las batallas se vencen mucho antes de que se produzcan. Por otro lado, esta rebelión nos alerta respecto a la limitada representatividad de los dirigentes rebeldes y de la ambivalencia de su causa. ¿O debemos utilizar el plural respecto a esto último? De hecho, incluso a nivel de la dirigencia del movimiento no existe claridad en los objetivos de la rebelión. No solo vemos a Arce reclamando en Arequipa la prudencia de Angulo, sino también al propio Pumacahua, personaje respecto al cual no se puede decir más que «da la impresión de haber sido un ferviente realista, incluso cuando integró la junta de gobierno del Cuzco» (O'Phelan Godoy, 2014: 321). En esas condiciones, no deberían sorprendernos los errores estratégicos que hemos observado.

Pero más allá de todo esto, encontramos en este breve estudio una serie de elementos que ameritan una reflexión, si es que no un debate. Conscientes como debemos estar de la complejidad de la sociedad colonial y de sus clivajes internos de polarización entre los distintos grupos, deberíamos estar suficientemente advertidos de la virtual inutilidad de buscar a un pueblo cohesionado detrás de las banderas de la patria en contra del orden colonial y las elites conservadoras. No se trata, pues, como señalaba Alberto Flores Galindo, de plantear visiones alternativas del proceso de la independencia, sino de saber «si frente a la sociedad colonial (...) existían las bases históricas para que se elaborara una alternativa». Esto significa, añade, «indagar por las ideas y la cultura de esos años, por las críticas, planteamientos y programas, pero también por inquirir por el sustento social que podrían tener estos proyectos» (Flores Galindo, 1987: 125). Incluso el levantamiento de Túpac Amaru, que originalmente planteó un programa que el propio Flores Galindo califica como «nacional»<sup>21</sup> lidió con esta situación y tuvo problemas para controlarla al producirse una suerte de escalamiento de la intensidad y la violencia a medida que la rebelión se expandía hacia el Alto Perú, donde las polarizaciones sociales son más agudas (Walker, 2014: 12). De hecho, se sabe

<sup>21</sup> «Túpac Amaru pensaba en términos de un nuevo 'cuerpo político' donde convergieran armónicamente criollos, mestizos, negros e indios (...). El programa tenía evidentes rasgos de lo que podríamos llamar un movimiento nacional» (Flores Galindo, 1987: 134).

que la violencia de esta rebelión recrudesció de manera exponencial después del ajusticiamiento del líder cuzqueño y cuando su eje de gravedad se trasladó definitivamente al Alto Perú.

Lo que quiero subrayar es que el terreno sobre el cual se despliegan estos levantamientos no es para nada firme, sino más bien una amalgama dinámica de tensiones, y hasta donde podemos observar, ningún dirigente rebelde, ya sea Túpac Amaru o los Angulo, pudo estar en condiciones de manejar esta situación<sup>22</sup>. En este marco, el caso de Arequipa nos es particularmente interesante pues dejando aparte las consideraciones estrictamente estratégicas que hemos esbozado, observamos una tremenda diferencia con lo ocurrido en La Paz. Nos hemos referido a las matanzas y saqueos que asolaron esta ciudad altiplánica, algo que sucedió tanto a la entrada de los rebeldes como cuando fue recuperada por el ejército de Ramírez. En cambio, en Arequipa, un ejército conformado por millares de indígenas conducidos por un individuo con lustre feroz como Pumacahua, con el júbilo de la victoria en el espíritu, ingresó pacíficamente a sus calles. Mientras en La Paz se perseguía y se saqueaba, en Arequipa se hacían proclamas y se convocaba a un cabildo y a una misa solemne.

No sabemos si los miembros de la elite arequipeña que cayeron prisioneros en la batalla de Apacheta estuvieron en condiciones de negociar con Pumacahua el ingreso a la ciudad, acordando eventuales rescates y pago de cupos. Tampoco si los patriotas arequipeños intercedieron por su ciudad. Pero cualquiera que haya sido el caso, resulta sorprendente que Pumacahua controle a su gente de una manera tan eficaz ante un botín tan apetecible como pudiera ser la blanca y próspera ciudad del Misti.

Vemos que el eje de la polarización y la violencia se agudiza en dirección al Alto Perú y se apacigua en dirección a Arequipa. ¿Qué diferencia, pues, a Arequipa? ¿Acaso no vimos que también existen tensiones internas, como en cualquier otra ciudad de los Andes coloniales? No estoy muy seguro de estar en condiciones de responder estas preguntas con propiedad, pero, aún con el riesgo de caer en generalidades, me parece que podríamos empezar por reconocer que la violencia se descontrola y se expande cuando se involucran las tensiones entre indios y blancos. Son las masas indígenas desbordadas, animadas por sentimientos mesiánicos y religiosos, las que se conducen de

esta manera para librar sus tierras de extraños, lo que, como se sabe, incluye a los mestizos y a los aculturados. No sería, por lo tanto, casualidad que a medida que las rebeliones trasladan su eje de gravedad al Collasuyo, un espacio con una carga simbólica muy fuerte, adquieran formas más radicales e intransigentes, rituales, incluso. Coincide, además, el hecho de que en esta misma dirección encontramos la mayor concentración de población nativa, donde operan los aspectos más representativos de la desestructuración andina y se hacen más evidentes los mecanismos de la conquista. Convergen allí la ruta de la *mita* de Potosí, el tributo y el reparto, las corrientes de forasteros, configurando todo un espacio de movimiento, comercio y dinamismo basado en la más severa explotación indígena, crecientemente agudizada desde el último tercio del siglo XVIII. De este modo, hacia Alto Perú, los españoles se convierten, como señaló Jan Szeminski, «en nak'aq, en antisociales que desbaratan el orden de la sociedad y ofendían a Dios» y la manera más simple de castigarlos consistía en «darles muerte y enviarlos de vuelta al lugar donde vinieron» (Szeminski, 1990: 184).

Hacia el Contisuyo, es decir, hacia Arequipa, casi no hay nada de esto. En tiempos prehispánicos no había importantes concentraciones de población permanente. Durante la colonia tampoco, y los indios llegaban con sus recuas para el transporte de mercancías, principalmente de los abundantes vinos y el cotizado aguardiente regional. Localmente, como hemos visto, la población indígena de Arequipa podría tener algunas cuentas pendientes que saldar con el orden colonial, los criollos y la elite, pero existía un equilibrio que permitía una vida tranquila y próspera. Debemos insistir en este sentido en que solo existe el antecedente de la rebelión de 1780 como evidencia de estas tensiones, que tampoco fue gran cosa comparada con lo que ocurrió en otras partes. Por el contrario, tenemos la imagen apacible de los pueblos de la campiña arequipeña, llenos de rancherías donde se elaboraba chicha, cuyos habitantes eran vistos regularmente en la ciudad, acampando en plena plaza mayor para comerciar sus productos<sup>23</sup>. Desde la perspectiva de las masas indígenas cuzqueñas o altoperananas, podría haberse tratado de un territorio ajeno.

Si esto es cierto, la incursión de Pumacahua a Arequipa fue un error por partida doble, pues además de abrir un nuevo frente innecesariamente y

<sup>23</sup> Véase Quiroz Paz Soldán (1991). Para tener una mejor idea de la economía de la campiña arequipeña, véase también Buller (2007).

abandonar el eje principal de la rebelión, la masa de reserva movilizada, la más importante disponible, como era el ejército de Pumacahua, perdía su impulso vital a medida que se internaba en un territorio que a sus huestes les podría haber sido indiferente. En lugar de meterle fuego a la rebelión, la habría sosegado. Ingresando a un terreno diferente, la dinámica se hace diferente, propiciando quizás la posibilidad de las negociaciones y el debate público. Nada de esto ocurrió en La Paz.

Resulta difícil arribar a conclusiones. Quizás solo me anime a reiterar la necesidad de considerar los distintos escenarios de polarización que emergen en el contexto de la rebelión, la forma cómo se escalonan los procesos y se agudizan en una dirección y se ralentizan en otra, o se estancan, como ocurrió en Huamanga. También cómo resultan evidentes las limitaciones de los líderes y su escasa representatividad, no por ellos mismos, sino porque posiblemente nadie estaba en condiciones de poder representar a todos en la medida en que no existe un «todos» unitario, ni siquiera a nivel de las dirigencias. Y terminar con insistir una vez más en que las contradicciones y ambigüedades que observamos en las posturas de los sectores serían el resultado de polaridades internas cada vez más agudas y que los cambios de actitud de la población podrían obedecer menos a una mecánica oportunista que a la percepción cada vez más arraigada y presente de que estas tensiones estaban a punto de explotar.

## Referencias citadas

- ABASCAL Y SOUSA, J. F. de, 1944 – *Memoria de gobierno*, 2 tomos; Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla.
- BASADRE, J., 1973 – *El azar en la historia y sus límites*, 272 pp.; Lima: Ediciones P. L. V.
- BROWN, K., 1986 – *Bourbons and Brandy. Imperial Reform in Eighteenth Century Arequipa*, xii + 319 pp.; Albuquerque: University of New Mexico Press.
- BULLER, C., 1988 – *Peninsulares y criollos. El surgimiento de una élite comercial importadora en Arequipa durante el tardío siglo XVIII*, 149 pp.; Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Tesis de bachillerato.



- BULLER, C., 2007 – La producción agrícola no especializada en vino de Arequipa (1772-1830). *Histórica*, vol. XXXI, n.º 2: 69-113; Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BULLER, C., 2011 – *Vinos, aguardiente y mercado. Auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1850)*, 412 pp.; Lima: Quellca, Centro de Estudios Andinos.
- CAHILL, D., 2002 – Taxonomy of a colonial 'riot'. In: *From Rebellion to Independence in the Andes. Soundings from Southern Peru 1750-1830* (D. Cahill, ed.): 95-118; Ámsterdam: CEDLA Latin America Studies.
- CHAMBERS, S. C., 2003 – *De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*, 317 pp.; Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico-Centro de Investigación, Instituto de Estudios Peruanos.
- CORNEJO BOURONCLE, J., 1956 – *Pumacahua. La revolución del Cuzco de 1814. Estudio documentado*, 709 pp.; Cusco: Editorial H. G. Rozas S. A.
- FISHER, J., 1982 – Monarquismo, regionalismo y rebelión en el Perú colonial, 1808-1815. *Historia y Cultura*, 15: 117-139; Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- FLORES GALINDO, A., 1987 – Independencia y clases sociales. In: *Independencia y revolución, 1780-1840* (A. Flores Galindo, ed.), Tomo I: 121-144; Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- GALDOS RODRÍGUEZ, G., 1967 – *La rebelión de los pasquines*, 158 pp.; Arequipa: Editorial Universitaria.
- HALPERIN DONGHI, T., 1972 – *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina Criolla*, 419 pp.; Buenos Aires: Siglo XXI.
- HAMNETT, B., 1978 – *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú (Liberalismo, realeza y separatismo 1800-1824)*, 454 pp.; México: Fondo de Cultura Económica.
- LAVALLÉ, B., 1998 – Los nuevos rasgos del bajo clero en el obispado de Arequipa a finales del siglo XVIII. *Caravelle*, n.º 70: 97-116; Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- LYNCH, J., 1986 – *Las revoluciones hispanoamericanas: 1808-1826*, 428 pp.; Barcelona: Ariel.
- MALAMUD, C., 1982 – La consolidación de una familia de la oligarquía arequipeña: Los Goyeneche. *Revista Quinto Centenario*, vol. 4: 49-135; Madrid: Universidad Complutense.

- O'PHELAN GODOY, S., 1987 – El mito de la 'independencia concedida': los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814). In: *Independencia y revolución, 1780-1840* (A. Flores Galindo, ed.), Tomo II: 145-199; Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- O'PHELAN GODOY, S., 2014 – *La independencia en los Andes. Una historia conectada*, 373 pp.; Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú.
- PERALTA RUIZ, V., 2013 – La vida política. In: *Perú. Crisis imperial e independencia* (C. Contreras Carranza & S. O'Phelan Godoy, eds.): 41-93; Madrid: Fundación Mapfre y Santillana Ediciones Generales.
- QUIROZ PAZ SOLDÁN, E., 1991 – *Visión histórica de Arequipa: 1540-1990*, 364 pp.; Arequipa: Universidad Nacional San Agustín.
- SZEMINSKI, J., 1990 – ¿Por qué matar a los españoles? Nuevas perspectivas sobre la ideología andina de la insurrección en el siglo XVIII. In: *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes* (S. Stern, ed.): 164-186; Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- TAMAYO HERRERA, J., 1984 – La revolución del Cusco de 1814 y la primera proclamación de la independencia del Perú. In: *Historia General del Ejército Peruano. Tomo IV. El Ejército en la independencia del Perú*: 349-407; Lima: Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.
- TRISTÁN, F., 2003 [1838] – *Peregrinaciones de una paria (1833-1834)*, 426 pp.; Arequipa: Ediciones el Lector.
- VOLLMER, G., 1967 – *Bevölkerungspolitik und Bevölkerungsstruktur im Vizekönigreich Peru zu Ende der Kolonialzeit (1724-1821)*, 482 pp.; Colonia: Universidad de Colonia. Tesis de doctorado.
- WALKER, C., 1999 – *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la Formación del Perú Republicano, 1780-1840*, 314 pp.; el Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- WALKER, C., 2014 – *The Tupac Amaru Rebellion*, 347 pp.; Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- WIBEL, J., 1975 – *The evolution of a regional community within Spanish Empire and Peruvian Nation: Arequipa 1780-1845*. Stanford University. Tesis de doctorado.